

Número 18.

Medina del Campo 23 de Abril de 1899.

Año II.

Semanario Medinense

PERIÓDICO ILUSTRADO LITERARIO AGRÍCOLA Y COMERCIAL.

DIRECTOR-ADMINISTRADOR

Enciclio R. Pérez.



Cabeza de estudio original del malogrado artista Julio Gros.



ACTUALIDADES

Pasaron las elecciones de diputados á Cortes, esa lotería donde suelen conocerse de antemano á qué números van á corresponder los premios, y estamos abocados á las de senadores y demás.

Los períodos electorales se *empalman* unos con otros, con gran desesperación de algunos cesantes que aspiran á colocarse en cualquier cosa, aunque sea en el ramo de alcantarillas ó en el de consumos.

Con motivo de la votación, ha habido por esos colegios electorales escenas curiosísimas.

—¿Su gracia de usted?—pregunta un presidente de mesa, aunque de mesa coja.

—Ninguna, señor presidente; soy actor; pero dramático, muy dramático, de los que hacen llorar á las piedras.

—Pregunto á usted su nombre.

—¡Ah! Pues mire usted, la verdad, es que no me acuerdo, tengo tan mala memoria... Pero aquí, aquí lo traigo apuntado en un papelito...

Y, en efecto, el elector saca un papel y, leyéndolo, exclama muy serio:

—Número 83, Salvador Sánchez *Frascuolo*.

Excuso decir á ustedes que el cómico ingresa en la prevención inmediata, para entrar por una puerta y salir por otra.

Supongo yo, piadosamente pensando, que, como siempre ha ocurrido, habrán votado varios respetables difuntos, y que el exquisito *embuchado* electoral habrása despachado á su gusto.

Estas elecciones han pasado con relativa tranquilidad y en medio de una indiferencia casi general, lo cual, aunque malo, es preferible al sistema de entusiasmos y fogosidades á tiro limpio.

Los aficionados á estudios sociológicos se devanan los sesos buscando las causas del «indiferentísimo del cuerpo electoral»; pero ninguno de ellos ha dado categórica razón de él.

Yo casi creo que la he hallado sin ser sociólogo, ni siquiera socialista como D. Eusebio Blasco.

Los españoles solemos no molestarnos en ir á votar, porque el que más y el que menos se pasa la vida *votando*.

Al Chápiro verde.

Las compañías ecuestres, acrobáticas, gimnásticas, etc., etc., han reaparecido en muchas localidades, y en otras no tardarán en aparecer.

Los *clowns*, encanto de los niños y de algunas personas mayores; el hombre-boa, el hércules *Atleton* que levanta en vilo una pareja de la Guardia civil con caballos y todo, y tantas otras novedades de la estación, se han presentado ya á respetables públicos.

Sé de varios muchachos de buenas familias que tratan de que los dejen *debutar* en traje de malla y tonelete, y conozco uno que pasa todo el día haciendo juegos malabares con un gato y un bastón, que es cosa de verle.

El minino es el único que protesta con energía de las aéreas evoluciones á que le obliga su amo, y el día menos pensado se va á llevar también por el aire un ojo del malabarista.

Los jóvenes sensibles se dedican á hacer el amor á algunas *ecuyeres*, y no faltan al circo ni una noche para dirigir miradas incendiarias á la señora que pasa por el aro ó á la señorita que baila en la cuerda floja.

Ellos la envían ramitos, sorbetes, á veces un objeto de arte, y no ven de la función más que el «número» de ella.

El resto de la función se lo pasan en la galería de los cuartos de los artistas, en los pasillos ó en las cuadras.

Hay muchos que están en su elemento cuando están en las cuadras.

Vuelve el furor por las estampitas de las cajas de cerillas.

A uno de los fabricantes, ya saben ustedes que le dió la pícaro idea de hacer una serie con los retratos de los toreros y no sabe la que ha armado.

Aquí no hablaremos de cosas serias, pero de *series*, ya lo creo. Hay casas y establecimientos donde no se puede ir sin que le saquen á uno al momento esta conversación.

—¿Sabe usted—le preguntan en cuanto ven entrar al visitante, que por ejemplo va á pedir cinco duros—cómo se paga el *Guerra*?...

—Hombre, debe ser muy caro; creo que seis mil pesetas por corrida.

—Si no le digo á usted eso; digo la estampita, su retrato...

—¡Ah! No sé una palabra, pero deme usted 25 pesetas, y yo prometo traerle á usted al propio Curro Cúchares.

En las barberías, ya se sabe, el tradicional. «¿Qué va á ser?» Ha sido instituido por otras preguntas parecidas á ésta: «¿Tiene usted la 43?»

Y es cosa de contestar:

—¡Al rape y de prisita!

Hasta señores respetables, con cara de senador vitalicio, se ocupan en estas cosas, y cuando menos se lo espera uno, sacan la cartera, buscan una estampita y, mostrándola orgullosos, exclaman:

—¡Qué maravilla! ¿Verdad? ¡Cuidado que está *propio* el *Espartero*! ¡Si está *hablando*!

Y hay que dejarlos con la palabra en la boca.

Que hablen con el *Espartero* ó con el Moro Muza, que, según las crónicas, lanceaba toros.

Candela.

VIOLETAS

Y A han nacido las violetas, al fecundo calor de la primera carajada del tiempo. Ya se difunde, con emanaciones embriagantes por la atmósfera, el previo mensaje de anuncio que envía la primavera...

¡Bendita sea la caricia de sus aromas!... ¡Bendito el arrullo inefable de las almas doloridas!...

Las violetas... ¿A quién no le han hecho ó no le hacen sentir?... ¿A quién no despiertan un recuerdo ó mitigan un dolor?

Yo también tengo una vieja historia, con capítulo de violetas. Yo también guardo un ramito seco de esas florecillas poéticas.

En los días oscuros y lluviosos del invierno, en las noches tristes y largas de esa época, que aplana con su tristeza infinita, sobre todo á los huérfanos de amores... mi espíritu angustiado, lleno de plomo gris, muerto de nostalgia, requiere el consuelo de aquellas amadas flores marchitas, de aquellos despojos secos, en que aún vive para mi alma toda una vida riente...

Las notas apagadas de sus colores, el verde claro de los ensortijados tallitos y las partículas blanquecinas ó ligeramente rosadas que esmaltan el morado desvanecido de las aplastadas corolas... traenme recuerdos placenteros de una adolescencia feliz, me llevan, á través de los tiempos y de cien amores fugaces, hasta los días de mi pasión primera, la única inolvidable...

Sordo y ciego al espectáculo del día que muere desapaciblemente, del agua que azota mis ventanas, de la noche tenebrosa que invade los ánimos con su bruma maligna, vuelvo á vivir en aquellos instantes dichas y sucesos antes gozados, saboreo, paisajes alegres, trozos de cielo intensamente azul, irradiaciones lujosas de un sol soberano, nubes de flores, arpegios y trinos indefinibles, colores claros de femeniles vestidos, aires, en fin, de juventud omnipotente, que recorren la atmósfera entonando himnos triunfales de vida... fecundizándola con ráfagas de alientos apasionados, de anhelantes suspiros, de voces musicales y risas frescas...

¡Dichosos los que aún guarden un ramito y puedan contemplarle y sentir!

Merced al auxilio benéfico de las secas flores, el ánimo cobra alientos para seguir adelante, goza horas de primavera, aun en pleno invierno.

Y cuando éste acaba, estremeciéndose de placer la campiña con estremecimientos de luz y de aromas, los sentidos, aguzados, aspiran la caricia de las nuevas violetas, que difunden sus fragancias por la atmósfera, cual mensaje primaveril, y que se hacen un trono en los



pechos femeniles, pletóricos de juventud y de vida. Pero nosotros, los que no hallamos en la espléndida realidad del cuadro la figura gentil, soherana, que nos dió la primer sensación de amorosa dicha; los que aún conservamos violetas marchitas y sentimos con ellas, bendecimos... bendecimos, sí, el arrullo vivificante de las nuevas, y buscamos agradecidos el bienhechor ramito de los recuerdos, ¡estampando un dulce beso sobre sus flores secas!...

I. Ruiz Castillo.

ÍNTIMAS

No, no quiero amarte más.

Lucharé con el poder satánico de tu hermosura y arruinaré de mi corazón este amor que me abrasa. Le dejé penetrar en él creyéndole consuelo de mis duelos y es acrecentador de mis penas; acicate de mis amarguras.

Cumplió un año que tu, con marrullerías de gata mimosa me envenenaste el alma con tu aliento.

La plateada luz del astro de lo noche bañaba tu rostro, prestándote blancuras incomparables; tus cabellos, que ostentan las negruras del mal, servían para resaltar tu palidez, y tus ojos, donde anida un poder mágico, se clavaban en mí, produciéndome extrañas fascinaciones.

Tu voz, esa voz que posee tonos tan suaves, al sonar quedo, muy quedo en mis oídos, íbaseme penetrando en el alma, y creyéndote una vencida de la suerte me sentí inclinado hacia tí, al ocurrírseme un pensamiento: *redención*.

¡Redención!... ¡Quimeras que soñamos los hombres! El caído no se levanta más, y si alguien hay suficiente Quijote en estas postrimerías del siglo, para tenderle una mano sólo consigue ser arrastrado en la caída ó, por lo menos, salpicarse de lodo.

Así soñé yo creyendo en tu alma; así pensé teniendo fe en tu corazón.

Hoy, mirando la realidad descarnada á través de esta venda con que cubre mis ojos un amor fanático, veo que yacen en tu alma las ideas puras cegadas por el fango que recogiste en el camino de tu vida y que en tu corazón, si alienta algún afecto es solo obedeciendo á la imperiosa necesidad que sientes deseo encontrarte absolutamente sola en el mundo, pero á ese afecto lo ahoga en seguida el eterno pensar mundano y únicamente la idea del lujo y de la vanidad halla firme asiento en tu imaginación.

Eres de las predestinadas; eres el ángel malo arrojado del paraíso para no volver á ser admitido más en él.

Por eso no quiero amarte más.

Por eso lucho titánicamente con algo que me arrastra hacia tí; por eso en el continuo batallar de mi mente oigo una voz, lejana, muy lejana, la de la razón que iba huyendo de mí, gritarme:— ¡Loco! ¡A mas un imposible!

Y en el vértigo de mi espíritu, loco realmente como esa voz me grita, veo alzarse ante mí tu pasado amenazador, y al considerar que aún vive algo de otros amores tuyos que fueron, siento asomar á manojos las lágrimas á mis ojos y la desesperación á mi alra.

No, no quiero amarte más.

Lucharé con el poder satánico de tu hermosura y arrojaré de mí este amor que me abrasa, si y al fin, débil, se quebranta mi voluntad, otra vez caeré vencido á tus pies y otra vez te ofreceré mi corazón, pero será después de arrancármelo del pecho.

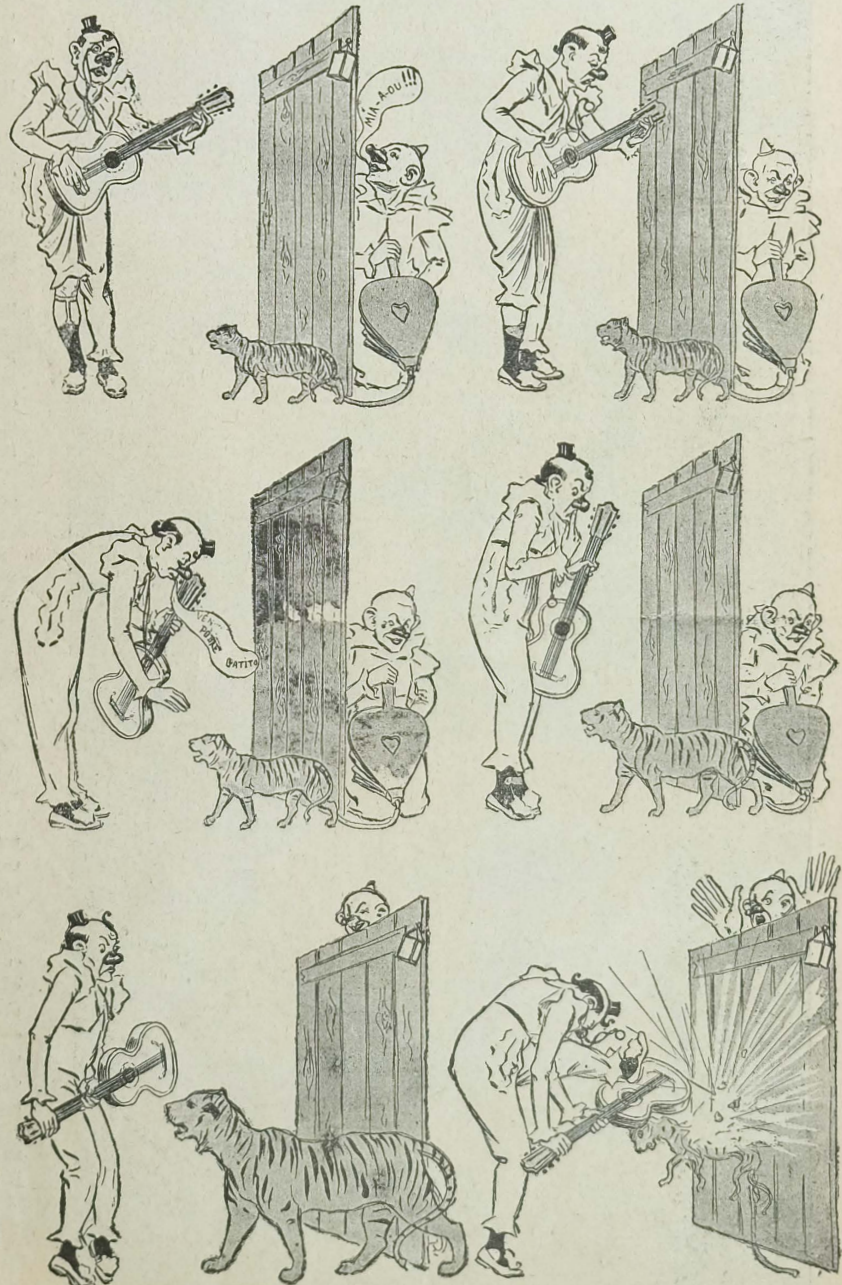
Armando Duval.

CANTARES

Dime, niña, que me quieres muy bajito y en secreto, ¡no hagas que envidia me tengan los angelitos del cielo!

¡Qué triste debe de ser ver acercarse la muerte y tenerte que perder!

Ramón M. y Serrano.

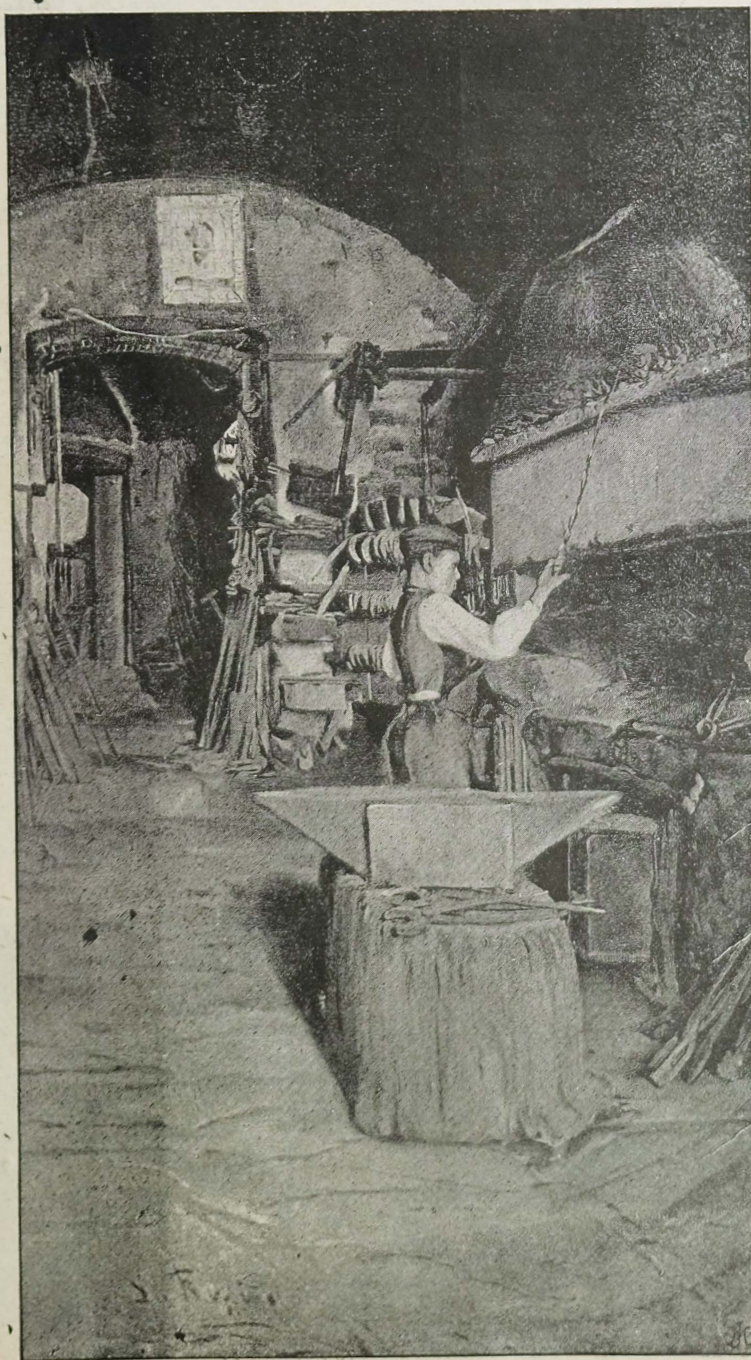


TRAVESURAS DEL CIRCO



LA LIRA

LUZBEL no terminaba su pugilato titánico con el bien. Tiempos hubo que se motió á creador y sus obras resultaron monstruosas é inútiles. Creó Dios la paloma, y el demonio, por vil imitación, hizo el murciéla o: de la mano divina salió el cisne, y lleno de envidia produjo Satán un sapo; y así, de aberración en aberración, concluyó por ocultar su diabólica ira y su infernal vergüenza en los antros igneos de



Entre la fragua y el yunque.

sus plutónicos dominios, para volver á surgir á la faz de la tierra corroído por el gusano del odio y comenzar de nuevo su insensata é impía lid.

Cierto día, que paseaba por una pradera, cuya hierba se quemaba á su paso, escuchó sonidos agradabilísimos que le llenaron de sorpresa y curiosidad.

Lleno de precauciones, encaramándose en la copa de un árbol, pudo ver, sin ser visto, quién producía aquellos raros efectos acústicos.

Un ángel de niveas alas se entretenía en hacer música con un pedazo de caña agujereada, sacando de ella sublimes é inimitables armonías.

Rugió Luzbel con fuerza de treinta leones del Senegal al ver un invento tan celestial y tan sencillo como era el de la flauta que el ángel tenía entre las manos, y encarándose con el mensajero de Dios, le dijo:

—Eso no vale nada, no es sabio; pronto te rivalizaré y te venceré.

—No lo creo—contestó el ángel con acento de incredulidad.

—Ahora verás—le replicó el demonio;—y desapareció por una grieta del terreno.

Diez minutos tardó en aparecer, seguido de varios diablos cargados con varios artefactos extraños.

Uno de ellos era hecho con dos calderas y un parche, el otro se le semejaba mucho y el último era un descomunal círculo de metal sujeto á un poste.

—He aquí mis inventos: el tambor, el bombo, el redoblante, los platillos, el gongo chinesco; con ellos imito la naturaleza embravecida, remedando las olas del mar y el trueno en los espacios.

—Ja, ja, ja—rióse el angelito;—y para tan poca cosa traes todo eso.

Oigamos, pues, tu concierto.

Satán ejecutó una sinfonía wagneriana, con la que dispersó á todos los animales que poblaban la floresta, reunidos antes con los melodiosos acordes de la flauta.

El angelito reía á más y mejor y, volviéndose á su rival, le dijo:

—Voy á vencerte, escucha; y cogiendo de un charco un poco de agua en el hueco de la mano, lo arrojó, produciendo un sonido argentino, y mirando al diablo con aire de desafío, preguntóle: —¿Imitas tú eso?

Quedóse perplejo éste, y el celestial niño, dando un golpe en una roca, sacó un pequeño instrumento en forma de herradura que reprodujo las mismas notas que las que producen al caer las gotas de agua en el líquido elemento.

—Maestro—exclamó el benéfico inventor—esto es música que deleita la música tranquila, la tuya es la música sabia, la que aturde con su álgebra presuntuosa; has inventado, sin querer, una mala escuela, pero no tienes mérito: eres los elementos en confusión, pero la victoria es mía: más digno del triunfo es un aparato sonoro y simple que un maremagnum ininteligible, símil de la desesperación mecánica: guárdate en buena hora tu arsenal de ruido, que he ganado la batalla con mi vieja flauta artística y melodiosa; y es célico invento la lira.

Pedro Trujillo de Miranda.





ASUNCIÓN GALLARDO

La simpática y distinguida artista que nos ocupa reúne, á más de una interesante figura, el talento de una verdadera actriz. Desde pequeña demostró gran afición al teatro, al cual no se dedicó hasta pasado el luto de su padre.

Anteriormente había estudiado con grande aprovechamiento el piano en la *Escuela Nacional de Música y Declamación*, y el canto,

particularmente, con el maestro *Corvino*, siendo una de sus más aventajadas discípulas. A los veinte años de edad debutó el 16 de Julio del 96 con *Marina*, y en nuestro teatro de la Plaza del Rey hizo una *Catalina*, de la que conservamos gratísimos recuerdos, y como prueba de ello, la buenisima acogida que tuvo en la prensa madrileña. Más tarde fué aplaudida en el *Ferrol*, *Lugo*, *Toledo*, en el *Calderón* de *Valladolid*, en *Orense*, *Valencia* y *Cádiz*, y no olvidaremos nunca su campaña de *Eslava*. Esta distinguida artista, que en sus principios se dedicó á la zarzuela grande, tiene en ella un vasto repertorio, siendo sus principales obras *Marina*, *Guerra santa*, *Tempestad*, *Campanas de Currión*, *Dominó azul*, *Molinero de Subiza*, *Catalina*, *Jugar con fuego*, *Muscota*, *Fey que rabió*, *Sargento Federico*, *Dolores* (ópera), *Juramento* y *Relámpago*.

Siendo artista de corazón, siente sus papeles, identificándose con el personaje que muchas veces crea, hasta el punto de figurarse estar en la vida real.

En el género chico tiene todo el repertorio de cinco años atrás, incluso el moderno, distinguiéndose principalmente en la *Regina* de la *Fiesta de San Antón* y en *Pepe Gallardo*, que son sus verdaderas creaciones.

Réstanos tan sólo dar nuestra enhorabuena á tan distinguida artista por los triunfos obtenidos en *Cádiz* recientemente y unimos nuestros plácemes á los de la prensa de dicha capital, quedando con grandísimos deseos de poderla aplaudir en nuestros teatros.

Orenid Samadán.

DOLORA

Entre risas y besos, cierta tarde
juraste encantadora Rosalía
que por la vida entera, yo tan solo
de tu ardoroso amor, dueño sería.

Y pensando los dos, que la palabra
revistiese señales de firmeza,
con toscos caracteres la grabaste
de un aliso cercano en la corteza.

Mucho tiempo pasó. Después de aquello
aún deploro mi triste desventura.

¡Si en tu mente mi nombre se ha borrado
en la corteza del aliso, dura!

E. Peláez y Maspóns.

CANTARES

Si son pecados los besos
que yo he conseguido darte,
trabajillo le echo al cura
que tenga que confesarte.

Un beso te dí en la frente,
otro en la boca después
y luego otro y después otro
y los que te rondaré.

Para mentir y olvidar
eres, serranita mía,
una notabilidad.

Ya he dicho al sepulturero
que cuando á mi suegra entierre,
eche la tierra despacio
para que no se despierte.

Solamente por un beso
te podría perdonar
todo el daño que me has hecho.

Ya no pueden ser más negros
los ojos de mi jitana...
Así son sus sentimientos!

Esteban C. Gcnzález.



Ganado en la feria de Sevilla.



LA LÓGICA DEL AMOR

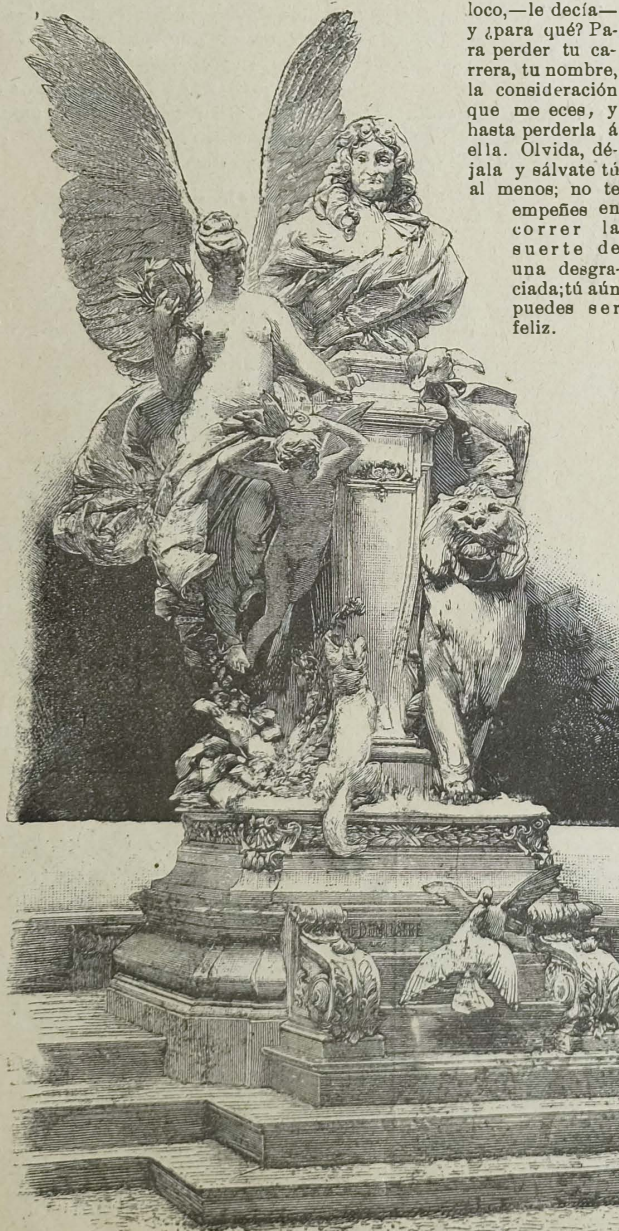
I

VIVIAMOS Victorino y yo en la misma casa de huéspedes y éramos amigos inseparables; atabamos más los lazos de nuestra amistad, el ser nacidos en un mismo rincón de Asturias y el estudiar juntos la carrera de medicina, amén de ser unas nuestras aficiones y gustos, todo el día nos lo pasábamos hablando de un grave asunto: de los amores de Victorino con una modista de la calle de la Greda.

En vano me esforzaba yo en disuadir á mi amigo de aquellos amores; mis argumentos invariablemente venían á estrellarse en estas ó parecidas exclamaciones: «¡La quiero! ¡Nos queremos! ¡Si tú la conocieras, si la hubieras visto sólo una vez, no me dirías esas atrocidades!»

No desmayaba yo por esto, é intentaba convencerle de que para un pobre estudiante, el sostener decorosamente unos amores de la índole que él los sostenía, era empresa superior á sus fuerzas.

—Te volverás loco,—le decía—y ¿para qué? Para perder tu carrera, tu nombre, la consideración que me eces, y hasta perderla á ella. Olvida, déjala y sálvate tú al menos; no te empeñes en correr la suerte de una desgraciada; tú aún puedes ser feliz.



Monumento erigido en Francia á la memoria del inmortal Molière!

—¡Feliz!—me replicaba en son de amargo reproche—Si es que no quiero ser feliz de otra manera! ¡Si no me importa perder mi nombre siendo ella quien lo encuentre! ¡No quiero el título por mí, lo quiero por ella!...

Y él, obstinado en su amor, y yo, obstinado en mi amistad, luchábamos con iguales armas: con el cariño y el desinterés.

—Tengo desafiado á ese amor,—le decía yo—y he de vencerle; desde hoy emplearé todas mis artes en la lucha. Que me perdonen esas chicas, á quienes no conozco y contra las que conspiro; pero no te convienen y lucharé contra ellas y contra tu amor.

Cierta noche Victorino se lamentaba amargamente de su situación. María, la chica de la calle de la Greda, se encontraba hacía tiempo enferma.

—Ya ves,—me dijo—tengo empeñados los libros, la capa, el reloj; no tengo un cuarto. Y las necesidades y los apuros aumentan cada vez más... ¡La enfermedad de María cuesta tanto!...

Al oírle decir esto, procuré una vez más apartarle del camino malo. Expresé razones de gran peso, y, aunque él se mostró belicoso, dispuesto á luchar conmigo abrumándome á fuerza de «argumentos», según él los llamaba, conseguí que transigiera por el momento.

Un mes de exquisita vigilancia y el ir á pasar las vacaciones de Pascua al Escorial, parecieron borrar en Victorino hasta el recuerdo de aquella aventura amorosa.

II

Al terminar en la clínica de San Carlos la clase, subí con las bandejas hacia el instrumental.

En el solitario claustro se me ofreció una escena conmovedora, har to conmovedora para un estudiante de quinto año de medicina, encallecido en las desgracias de los pobres.

Dos jóvenes, hermanas al parecer, se encontraban sentadas en uno de los bancos: en el hermosísimo rostro de la que parecía mayor se reflejaba suma tristeza; y el de la otra no menos hermoso, acusaba por su palidez y enflaquecimiento una pertinaz dolencia. Reclinaba su cabeza en el hombro de su hermana de sangre y de infortunio.

Yo era el encargado de poner el «destíñese» á la enferma.

Toda mi amabilidad fué poca para contener las lágrimas de las dos desgraciadas.

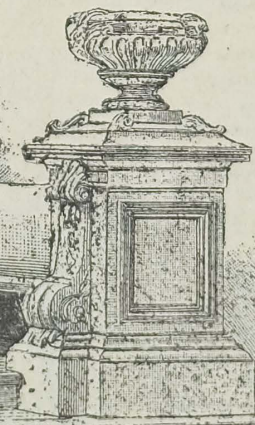
Al interrogarlas acerca de su estado supe que ambas eran modistas y que la enferma era... la novia de Victorino... Inútil decirles á ustedes la emoción que la noticia me produjo.

Entonces comprendí aquel amor de mi amigo y lo inútil de mis advertencias.

Las hice regresar á su casa y aquella tarde Victorino y yo estuvi mos en la guardilla de la calle de la Greda.

De esto hace un mes, y hoy Victorino y yo tenemos las capas y los libros empeñados; indudablemente hay un goce incomprensible para los que no han amado, en correr la suerte de una desgraciada á quien se adora.

B. Mario Gómez.





EGOS DEL MUNDO

Los «colores personales».—Afirmando.—Lo que se sabía.—Enfermedades. Aromas característicos.—Los franceses.—Lo que es el olor.—Trinidad física.—Todos los seres.—¿No olemos nada?—Adivinación.—¡Mucha nariz!—Hombres y mujeres.—Perdigueros.—Pistas.—Los seres olorosos.—Los Jackal del porvenir.—¡Él es!

Está probado que existen los que pudiéramos llamar «colores» personales».

Así lo afirman ya en efecto reputados físicos y doctores.

Hace mucho tiempo que ya la ciencia venía presintiendo este hecho, que si bien se mira no puede ser más lógico y natural; pero lo cierto es que en el mundo científico no se había llegado á confirmar plenamente la observación de que cada persona irradia un olor distinto que le caracteriza y diferencia perfectamente de todas las demás.

En efecto; conocíase el mal denominado *ozona* (fetidez del alien-to) y otros varios, que habían sido estudiados esmeradamente por los médicos, pero no pasaba de ser una sospecha la creencia de que cada hombre oliese, mejor dicho, hiciera oler á los demás un *aroma* distinto.

Recientemente, en virtud de trabajos realizados por varios académicos de Ciencias Naturales, en Francia, ha quedado fuera de duda este singular hecho, que ya acusaban la propia observación y la experiencia.

Ahora bien; no consistiendo el olor sino en un verdadero desprendimiento de gases ó partículas materiales menos que microscópicas, que van á fijarse en la membrana pituitaria del que huele, y al propio tiempo en una vibración especial del *éter*, fácil es comprender que, siendo la materia distinta, aunque *una* en su esencia en cada individuo las partículas materiales, también tienen que ser diferentes, y de ahí que lo lógico es que el olor sea igualmente distinto en cada sujeto.

Pero esta observación no es privativa del hombre, sino que por el contrario, refiérase también á los demás animales.

Y es probable que si los físicos franceses continúan sus estudios, venga á conocerse que también las plantas y aun todos los objetos existentes, tienen más ó menos marcado su olor particular.

Así aspiran á probarlo algunas eminencias, asegurando que si todos los objetos revelan al hombre su aroma, es porque el sér humano es de los que tienen menos desarrollado el olfato y sólo se da cuenta de aquellos olores que, por lo exagerados y penetrantes, no podrían resistir algunos otros seres de la escala geológica.

Entre las infinitas consecuencias que de este hecho se desprenden, está la de que las personas de olfato muy sutil, puedan distinguir perfectamente unas personas de otras, sin necesidad de verlas ni oirlas. Les bastará, por ejemplo, —y esta es una observación fácil de comprobar— entrar en una habitación vacía, donde se haya hecho permanecer á un individuo durante algún tiempo para que el recién llegado, conozca en seguida quién ha estado allí.

De igual modo que cualquiera sabe quien estuvo en su casa, si él ha estado, tiene el mal vicio de borrar su olor con un perfume especial y penetrante, y lo mismo que se distinguen, por análogas razones, las cartas de mujer de las del hombre varonil sin necesidad de ver la letra, ni mucho menos la firma.

Esta es la razón científica de por qué los perros, y en general todos los animales de *buena nariz*, pueden seguir los pasos de una determinada persona que haya transitado días, y hasta meses, antes por un camino ó una vía cualquiera.

El aforismo fundamental de toda esta teoría, es el de que así como cada hombre tiene un rostro distinto, de igual manera (aparte las aromas artificiales que se dé), cada individuo tiene olor diferente, aunque el aseo y la salud sean sus compañeros.

Tal es el descubrimiento, ya indicado que, como se ve, tiene gran importancia para la ciencia.

Y para la policía.

Ya registran los anales de ésta capturas por el olor; pero si las teorías francesas se perfeccionan, es seguro que á los futuros mon-sieurs Jackal les baste con educar su membrana pituitaria para oler una cadena rota de reloj y decir en seguida;

—Ya sé quién se llevó el *remontoir*: el *Pira*.

Doctor Traveller.

EPIGRAMAS

—¿Sabes Anastasio que

Juan tiene una buena letra?

—¡Pero hombre, no disparates!

¿Cómo ha de tenerla buena

si escribe pésimamente?

—Si no me refiero á esa.

—¿Pues á cuál?

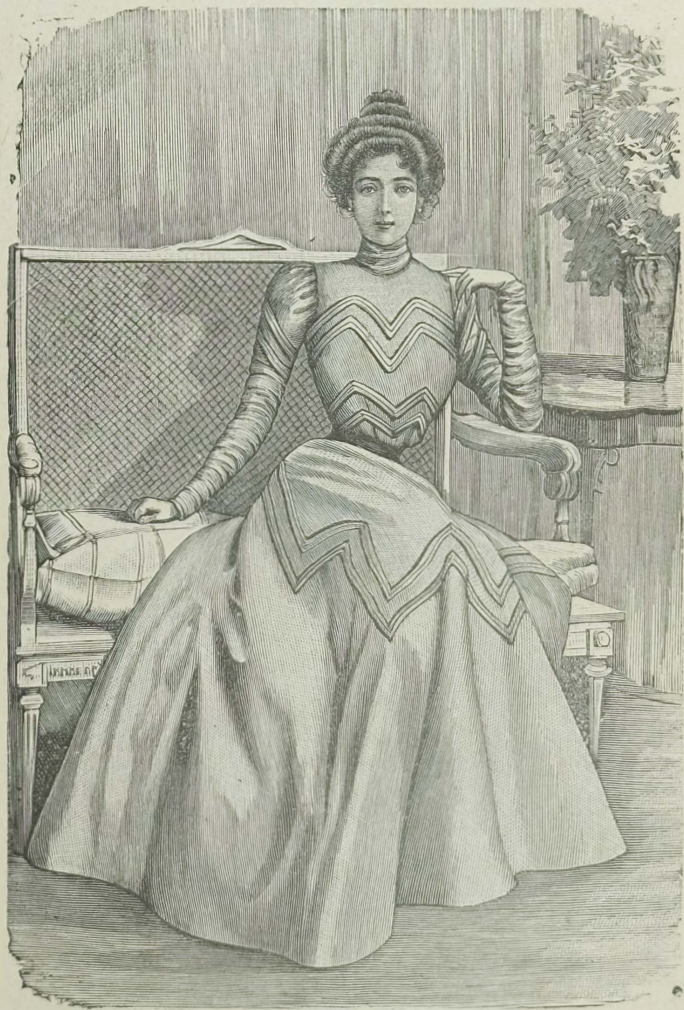
—A una que tiene

por valor de mil pesetas.

Adolfo Sánchez Carrere.

MODAS

Esta Sección está á cargo de la elegante revista *La Ultima Moda*.



Traje para recibir. —De muselina de lana color amatista. Tanto el cuerpo como la falda lucen en calidad de adorno bisecitos plegados de sedalina crema cosidos sobre el fondo, dibujando acentuados *zig-zags*. El cuerpo está cerrado por medio de broches invisibles, y se completa con un cuello y un cinturón drapeados de terciopelo color amatista. Mangas fruncidas.



VENGANZA...

Y pensar que aquella mujer pudiera engañarle á él que siempre la había venerado como si fuese una imagen, á él que tanto y tanto la había querido... sí... eso... la había querido, porque en realidad, hoy no solo no la quería sino que la odiaba. Por décima vez volvió á leer aquellos renglones, cuyo contenido era el siguiente:

«Sr. D. Enrique Lopz Vall

«Muy señor mío: doloroso me es el tener que dar á V. una noticia como la presente, pero el deber de amigo me obliga á ello. Su mujer Matilde le engañó á V. Me consta que todos los días á detrainada hora se ven en su misma casa, busque e indague y tal vez pueda hallar a los amantes «infraganti.» Sin mas, sabe que su siempre suyo afectísimo s. s. — Un amigo.»

Una súbita idea coloró su semblante y dirigiéndose a la percha y sin el previo permiso del jefe, cogió el sombrero y salió. A pesar de ser tan corta la distancia que mediaba entre el negociado y su casa, en aquella ocasión, parecía incomensurable; ¡qué de pensamientos se agolpaban á su mente, tolas las venganzas imaginables parecíanle vulgares, se quería encontrar un procedimiento nuevo y quien sabe si lo hallaría.

Tan embobado iba en sus meditaciones que no vió que había pasado su casa, detuvo al e nocer su error retrocedió y poco despues entraba en ella; maquinalmente subió las escaleras y llanó.

—¿Quien?—preguntó algunos instantes despues una hermosa voz de mujer.

—Abre—respondió el con cierta fidelidad ficticia.

La puerta se abrió.

¡Ah! eres tu exclamó Matilde—pues no era otra la que había abierto.

Enrique pareció ver cierta vacilación en el semblante de su esposa, y la duda que antes pudiera tener respecto á si sería ó no verdad lo que se le declaraba, bien pronto emvirtióse para él en negra realidad.

—¿Estás enfermo?

—No, pero tengo que trabajar algo en esta; déjame—y acto seguido y con paso vacitante se dirigió á su despacho.

Todas las ideas fúestas que por imaginación humana han podido pasar, desfilaron por la mente de aquel desgraciado; el horror que poco antes le inspirase el escándalo, en aquellos momentos no le importaba pues qué, no estaba evidenciada la culpabilidad de la infame con solo

ver la alteración de su rostro á su llegada, y por otra parte ¿qué le importaba el escándalo, cuando tal vez su nombre estaría ya inscripto, en la lista de los maridos cuyas mujeres no han sabido guardar el honor que se les ha confiado, y lo han hecho caer envuelto en barro por la rápida pendiente que conduce a ese precipicio sin fin, llamado deshonra: ¿quien sabe si la humanidad entera estaría solzándose con su desgracia?

De pronto y como obedeciendo á una súbita idea dirigióse hacia su mesa de despacho abrió uno de los cajones y... una risa fatídica entreabrió sus labios, ya había hallado lo que buscaba ¡un revólver! levantóse del asiento donde poco antes había caído y con paso seguro se dirigió á la puerta.

—¿Quieres que llame á Enrique y lo veras?

—¡Ay Matilde, hermana mia, no da tanta vergüenza!

—¿Vergüenza? ¿y de qué? acaso... No pudo terminar, dos detonaciones se dejaron oír y Matilde y su hermano confundidos cayeron al suelo—la figura de Enrique apareció en el umbral de la puerta llevando el arma homicida en la mano e apresadas en su rostro las huellas de la mas recon entrada ira

—Enrique—exclamó Matilde próxima a morir ¿que has hecho?

—Vengarme.

—Vengarte de que y de quien.

—¿Y aun lo preguntas, mujer infame?

—¡Ah! ¡ah! ¿vez... has... creído... que... sabes... á quien has muerto?

—A la adúltera y al amante infame.

—Amante has dicho, no... no... es... mi hermano...

J. A. García.

MALEDITA GUERRA

Todo era tristeza en el campamento; el silencio, sólo era interrumpido por el canto del sinsonto, el ingrato ruido de las acemilas ó los doloridos ayes de los que devorados por el fuego de la fiebre, no podían reconciliar el sueño, quitando por lo tanto, el necesario descanso á su cuerpo, maltratado por las penitencias de la campaña. Serian las once y media de la noche cuando un centinela observó que varias sombras se dirigian con cauteloso paso hacia el campamento, y montando el fusil exclamó ¿Quien vive? ¡Cuba libre! contestaron seguido de una terrible descarga, cuya luz, rasgó, por decirlo así el negro manto de la noche, un confuso ruido de voces de mando, ayes, choques de arma se

sucedió en un minuto; momentos despues el fuego se generalizaba,

Isaac Perez, del regimiento de Maria Cristina, formó de los primeros para rechazar el salvaje empuje del enemigo; si, allí estaba, sereno, con la serenidad que da el valor; disparando su arma á las voces de ¡fuego! de sus jefes, de pronto aquel soldado cae exclamando ¡Me han matado!; una bala le había penetrado en el pecho por encima del corazón; curado fué en el campo de batalla al fiero arrullo del mortífero plomo, y en la vanguardia, punto en donde se aprietan las vendas sobre los pechos de los bravos soldados españoles; poco despues nuestros valientes quedaban dueños del campo. Al amanecer acamó la columna en el ingenio «Lacia»; siendo colocado Isaac Perez sobre un catre, moñentos despues entró en el periodo azoñico, y proximalmente á las tres de la tarde espiraba el héroe de esta jornada; entonces, el jefe de la columna tan bravo como no pandonoro ni matar quitándose el sombrero dijo: Isaac Perez tiene una madre, pobre, muy pobre, pues le faltan los brazos del hijo que acaba de entregar á España su existencia; y que no podemos devolverla el hijo que ha perdido para siempre, vamos á emprender a la medida de nuestras fuerzas el preciado don de la caridad depositando al mismo tiempo en el fondo de su sombrero un centen. Igual donativo hicieron todos los oficiales, y despues que los soldados vaciaron sus bolsillos en el sombrero del jefe, se adelantó uno y dijo: Mi coronel si lo recogio fuera poco para esa desgraciada madre, maldita tuia tambien el haber que este mes me correspondia. Si, si, exclamaron todos.

Bendita España que conservas al lado de la fiera indomita de tus guerreros, esos nobles sentimientos brillantes en los momentos supremos de la desgracia. Despues de verificar el entierro de aquel valiente, desfiló la columna en cumplimiento de su deber ¡pluchar por la patria quien sabe si esa misma escena había de reproducirse antes de ocultarse el sol?

¡Maldita guerra!

Padino Vega.

Mercado del día 28 de Abril

Especies	Entrada	Precio en reales. Fuera de 91 libras.
Tiogo	1300	de 46 á 48
Centeno	180	» 27 » 28
Cebada	200	» 19 » 20
Algarobas	180	» 21 » 22
Garbanzos	100	» 80 » 100

de los Hermanos Roman Medina del Campo